

Las redes ocultas del libro

Enrique Fuentes Castilla

He aquí un buen número de notas y anécdotas sobre mi corta experiencia en la muy generosa actividad de promover el libro, en una muy especial de sus múltiples facetas: el tema de México, con especial atención en los renglones del arte, la arqueología, la antropología y la historia.

“Y traía (Aguilar) atada a la manta un bulto que eran hojas muy viejas”. Esta frase de Bernal Díaz del Castillo nos deja saber del primer libro que llega a este continente, hasta entonces desconocido por los occidentales; se ignora si era impreso o manuscrito, su autor, la fecha de impresión, el número de páginas, en dónde se editó, el tipo de imprenta, etcétera, pero sí se sabe que fue el primer libro que llegó a esta costa, es decir, la semilla de la cultura, el primer destello del espíritu occidental en tierras mexicanas.

Traían los navegantes viajeros la luz de Europa con ellos, entre otras muchas cosas, algo por demás bello, el alfabeto, la escritura, la imprenta, el libro. ¿Cómo ignorar que en esta significativa aventura humana, el libro juega un papel muy importante, pues sabemos que Cristóbal Colón abreva en el *Imago mundi*, para dar forma a su proyecto, que daría pie a la llegada de este objeto maravilloso a nuestra latitudes?

En 1539, a escasos 18 años de la Conquista, se establece en México- Tenochtitlán el primer impresor, Esteban Martín, ya reconocido como vecino, tras los cinco años que estipulaba el ayuntamiento (lo que nos indica que éste había llegado por lo menos en 1535, aunque nada sabemos de sus actividades en los menesteres de su oficio).

Por discrepancias e incongruencias entre cronistas de la talla de Dávila Padilla, Gonzáles Dávila y Alonso Fernández nos es imposible fijar en fecha anterior a 1539 los inicios de la imprenta en México. Es hasta la firma del contrato entre el alemán Juan Cromberger y el italiano (lombardo) Juan Pablo, ambos avecinados en Sevilla, España, que se puede establecer que son ellos quienes hacen por primera vez la imprenta de tipos móviles. Así comienza a operar en la Nueva España la primera imprenta de América, cuyas instalaciones se encontraban en la hoy llamada Casa de las Campanas, en virtud de las gestiones hechas por Fray Juan de Zumárraga y Antonio de Mendoza ante Carlos V. El reclamo de los libros impresos en los primeros años debió ser bastante limitado, y si a lo anterior se suma a la acción de la censura, que era sumamente estricta, pocas debieron ser las obras que circularon, amén de que sabemos lo siguiente: “Las obras de romances, materia profanas y fábulas” estaban prohibidas, pues se temía que lo indios aprendieran de ellas malas costumbres. ¡Habrased visto! Sólo ellos las podían aprender.

En este momento, a la par del nacimiento del libro en México, nacen las restricciones para el mismo.

Como quiera que sea, en el primer siglo de la imprenta en México se habla de 180 obras sobre doctrina cristiana, lingüística, filosofía, teología, crónica, medicina, milicia, cronología, náutica, botánica e historia natural, todas ellas salidas de la ya antes citada casa de las Campanas, así como de la imprenta instalada en Tlatelolco en el año de 1594. Son los Cromberger, Juan Pablo, Antonio Espinosa, Antonio Álvarez, Pedro Ocharte, Pedro Balli, Antonio Ricardo, la viuda de Ocharte, Cornelio Adrián César Melchor y Luis Ocharte, así como Enrico Martínez, quienes técnicamente tejen la primera trama de las redes del libro, atendiendo los intereses del primer obispo y el primer virrey.

En los tejes y manejes del libro, Antonio Espinoza, fundidor de la letra “cuyos innovadores estilos tipográficos contribuyeron en gran medida al desarrollo del taller, hombre emprendedor, se desprende del negocio de Juan Pablo para establecer el suyo, con los consiguientes problemas, en función del monopolio otorgado a su ex patrón, razón por la cual arguye ante la corte que ese privilegio es la causa de que no baje el precio de los volúmenes que imprime”. Me pregunto: ¿será esta la primera vuelta de la tuerca?

El Consejo de Indias, ante las renunciaciones recibidas, permite el libre ejercicio tanto del oficio de impresor como el de librero. Espinoza establece su negocio en la calle de San Agustín, junto a la iglesia donde hasta hace poco estuvo la Biblioteca Nacional de México. (Siempre he dicho que cuando se trata de contar las librerías que hay en nuestro país, se olvida los llamados cajones del libro, mesas del libro que operan en las iglesias.)

El Tribunal del Santo Oficio jugó un papel de suma importancia en el control del libro (digo yo, pareciera que no querían que se leyese), así Pedro Ocharte es acusado de luterano y, recluido en la cárcel de la Perpetua, sometido a tortura. Juan Ortiz, impresor, fue procesado y desterrado. El holandés o flamenco Cornelio Adrián César, en auto de fe, es acusado de luterano, y es así como Enrico Martínez (Heynrich Martin) se convierte en depositario de sus bienes. En suma, que a los impresores y mercaderes del libro los ponían “color de obispo”.

Ya en el siglo XVII, el comercio del libro evoluciona como una tradición familiar; tras la desaparición de aquellos primeros hombres que sentaron las bases para este posterior desarrollo, surge la primera generación de libreros mexicanos. Es don Bernardo Calderón, en 1623, quien abre su “tienda y oficina de libros”; su viuda, Paula Benavides, se hace cargo del negocio y obtiene el privilegio de varios virreyes para la impresión y venta, básicamente, de obras religiosas y cartillas. Le sigue en el negocio su hijo Diego Calderón Benavides, quien logra que el virrey Conde de Gálvez le reitere en 1684 los derechos de impresión y venta de cartillas y doctrinas cristianas. De singular importancia es también la familia Rodríguez Lupercio, que lanzó al mercado la obra *El tesoro de medicinas*, de Gregorio López, lo que según algunos constituye un éxito comercial, y los define como hombres de empresa. Pero a poco de haber impreso uno de los libros más raros que existen en lenguas indígenas, *Doctrina cristiana en lengua chinanteca* (1730), estos empresarios desaparecen.

También José Bernardo de Hogal abre en 1721 su taller y tienda de libros en la calle de Acequia Real y obtiene pronto el título de Impresor Mayor de la Ciudad y posteriormente el de Impresor de la Santa Cruzada, lo que hace sospechar a no pocos que éste fue introducido a la Nueva España bajo el nada claro objetivo de recabar ciertos intereses del erario. Hacia 1766, José de Jáuregui se inicia en el oficio de impresor y librero al adquirir dos imprentas: la de la Bi-

biblioteca mexicana, así como la que perteneciera a los herederos de María Rivera, quien se distingue por haber fabricado en su taller los caracteres, lo que evitaba la dependencia de España que tantos contratiempos imponía. Ya en el caso de la Colonia son los Zúñiga y Ontiveros (Felipe y Cristóbal) quienes fundan la Imprenta Antuerpiana. Imprenta que, al decir de Hogal, era tan completa que no había tarea que en ella no se pudiese desarrollar.

En 1795, Mariano Zúñiga sucede a su padre en el taller y toma a su cargo la impresión del *Diario de México* y, posteriormente, en 1820 su imprenta pasa a manos del gobierno. Son algunas mujeres, entre ellas María Rivera, quienes destacan en estas tareas, y a juzgar por la frecuencia con que todavía aparecen textos de su imprenta, se considera que debieron de circular con profusión.

En 1809, por decreto del virrey Pedro de Garibay, se suprimen las imprentillas ambulantes, pues entre los impresos que vendían por las calles se incluían proclamas de tendencia independentista. No obstante, el capítulo de los privilegios, licencia y aprobaciones terminó por formar parte de la historia.

La lucha por la emancipación de la Nueva España no sólo fue armada, sino también impresa (1810-1821), pues casi todos los jefes insurgentes procuraban llevarla. Así, las principales ciudades pugnaron por establecer imprentas; se dice que para 1827 había más de 30 en el territorio nacional: una en Chiapas, Chihuahua, Durango y Guanajuato; cinco en México, dos en Valladolid, Michoacán; una en Monterrey; dos en Oaxaca; tres en Puebla, Querétaro, San Luis Potosí, Sonora, Tabasco, Tamaulipas, Xalapa; tres en Jalisco; una en Yucatán, una en Zacatecas, y una en San Agustín de las Cuevas (Tlalpan).

¿Pero dónde quedó el libro o memoria de nuestros antepasados geográficos: los indígenas, sus códices, los que antes de la llegada de los españoles elaboraron con conciencia histórica, en dónde asentaron sus asuntos augurales, religiosos, genealógicos, geográficos, calendáricos, y que en mucho han ayudado a esclarecer nuestras dudas y desconocimiento sobre culturas tan diferentes? Estos han sido y siguen siendo objeto de admiración de propios y extraños. Sahagún da comienzo, con su *Códice Florentino*, al hacer uso en pleno siglo XVI de los mejores y más diestros ilustradores para conformar su magna obra, que hoy sigue siendo pieza fundamental en el estudio de ese gran cimiento que es la cultura prehispánica. Lo hace también Fray Diego Durán con la *Historia Natural de las Indias*.

Ante el afán evangelizador y la necesidad del conquistador se occidentaliza la elaboración de códices y se conforman los lienzos pos hispánicos, otra suerte de libros que, hasta el día de hoy, cumplen funciones en las investigaciones culturales y de los cuales se pueden citar una infinidad.

En los primeros años de la Independencia, los libros empiezan a colocarse como una mercancía atractiva y pasan a ocupar sitios en los cajones de ropa, mercerías, incluso en tocinerías y en bodegas donde se expedía azúcar, ubicadas en el Pañán y en los Portales de Mercaderes, en el de los Agustinos y el Águila de Oro; yo diría que es algo no muy diferente a lo que sucede hoy en día, cuando los podemos encontrar en casi cualquier lado. Librerías como la de Juan Bautista Arizpe y la de doña María Fernández de Jáuregui logran sobrevivir.

Pasados los años difíciles se entra en un periodo en el cual el comercio del libro se torna más fácil; es así que se vive una apertura comercial más benéfica para libreros e impresores. Corre el año de 1820 y los subsiguientes. Son de esta época los deliciosos e incomparables calendarios de las Señoritas Mexicanas de Galván; la primera edición de *El Quijote*, impreso por Arévalo; las bellas obras de Ignacio Cumplido; *Las disertaciones*, de Lucas Alamán y su *Historia de México*, de la imprenta de Lara (es de tal calidad la tipografía que, aún hoy a principios del siglo XXI, ésta sigue teniendo una demanda entre coleccionistas y amantes del libro). El crecimiento del libro, de la prensa, en fin, de los medios de comunicación masiva, marca una etapa significativa.

Es hacia 1886 cuando nace el germen de la hoy prestigiada librería Porrúa, como tantos otros negocios de emigrantes, y se consolida como librería hacia 1910. Imposible pasar por alto la de Pedro Robredo, de 1908, que pasará a ser propiedad de José Porrúa. Ahí, en el corazón de la ciudad, latía con fuerza la insospechada inteligencia mexicana que se preparaba al amparo de los vetustos edificios coloniales en donde se aposentaban las diferentes escuelas y facultades de la Universidad; ahí y en ese momento el libro gana los espacios en la calle junto a los vendedores ambulantes, alrededor de la Catedral, en la Plaza del Volador, entre otras.

En los inicios de la llamada época contemporánea sucede el gran auge de las librerías, hasta ser llamada la Época de Oro (1930 a 1960). Felices épocas de bonanza económica que se reflejaban gratamente en el comercio del libro.

A esto se suma la llegada de los españoles que, obligados por las circunstancias de la Guerra Civil, se avecinan en nuestro país. En 1951 se funda la Librería Madero y reúne en ella a una tertulia de refugiados y amantes del libro; allí nace la Imprenta Madero y, posteriormente, la editorial Era. Es a la primera empresa a la que dedico mis esfuerzos desde hace 18 años y en la que decidí dar satisfacción a mis intereses personales y trabajar en una librería, conjuntándose en este caso el deseo de revitalizar un espacio en el centro histórico, para brindarnos la oportunidad de que hoy, en los comienzos del siglo XXI, haya una librería cuyas características nos recuerdan a muchas de aquéllas que sentaron precedente en la gran tarea de promover el libro.

Sabedores de nuestro gran desconocimiento en las tareas comerciales, echamos mano de una buena dosis de romanticismo, coraje y mucho ánimo para rescatar a la librería de los malestares que la agobiaban. La risa y la lástima, eran los mejores elogios que entonces se recibían, así como las envidias de quienes creían que en estas estanterías se encerraban joyas, sin saber que se atesoraban dos años y medio de rentas caídas (no pagadas), deudas a 25 editoriales, cero crédito, total descrédito, ningún acervo, mucha tierra, demasiada basura, incredulidad, malos olores, y los habitantes propios de un edificio casi abandonado, sin mantenimiento. Recuerdo que yo consideraba ésta una tarea propia de seguidores de Gurdjieff u Ouspensky, quienes seguramente la habrían realizado mejor que nosotros.

Definir el nuevo perfil de la Madero, lo que aún me sigue pareciendo demasiado pretencioso, no fue tarea fácil, pues nuestros escasos conocimientos de las redes del libro, de su demanda, de los costos, aunados a nuestra desesperación por llenar las estanterías vacías con productos respetables, nos llevaron a cometer imperdonables errores, con altos costos, al grado de que aún hoy tenemos algún ejemplar de los que ningún avezado vendedor hizo tragar. Los recursos previstos para adquirir materiales se fueron en pagar deudas, incluso las hacendarias, Infonavit y toda esa maraña de líos administrativos que sólo nos restaban energías que dedicábamos a nuestra principal tarea. Fue así como se comenzó a tejer la red, en la parte que corresponde a la Librería Madero, de las rutas que habrían de seguir ejemplares de libros, folletos, etcétera. Por esos años recibíamos la visita casi diaria de un sinnúmero de personajes, al parecer

extraídos de una novela de Víctor Hugo o de las notas de don Guillermo Prieto, que se dedicaban a buscar y rebuscar en las estanterías folletos, libros o lo que fuera que estuviese marcado con un precio ya totalmente desfasado; había quienes por lo menos una vez a la semana lograban reunir hasta 20 piezas que amorosamente colocaban en el mostrador, para pedir la cuenta, al cabo de la cual solicitaban el consabido descuento y, una vez negociado éste, solicitaban se les facturase cantidades por demás irrisorias, pero... Había que deshacerse dignamente de todo aquel material que según nosotros ya no debía tener cabida en nuestro nuevo concepto de librería. Cuál sería nuestra sorpresa cuando al domingo siguiente encontrábamos a muchos de esos afanosos buscadores de libros ya fuese en la Lagunilla o en la Plaza del Ángel vendiéndolos más caros.

Gracias a estas experiencias y a otras vividas en el extranjero con ganas de aprender, pudimos encontrar lo que pretendíamos: una librería no de texto, no de viejo, no general, no técnica, sí de historia de libro antiguo, usado, pero bien conservado, dignificado por la reparación y cuidadosamente seleccionado, libro de circulación actual pero con una selección apropiada, en función de las limitaciones económicas, de espacio, de clientela y, sobre todo, de intereses en ciertos temas alrededor de México. Los visitantes, clientes, algunos bien intencionados, otros no, pero todos con una cauda de conocimientos que nos fueron útiles, nos dieron la pauta y el tono para alcanzar lo que hoy es la Madero; así pues, aquellos visitantes nos llevaron de la mano por los nada extraños caminos que siguen los libros, reconstruimos nuestros antiguos paseos dominicales y sumamos otros muchos en nuestro itinerario semanal para ir descubriendo piezas, algunas respetables, otras quizá no tanto, pero siempre reclamadas y necesarias por los curiosos, estudiosos, investigadores. Logramos ubicar los mercados, zocos, tiraderos, tianguis, librerías de viejo, algunas empolvadas, otras envejecidas, pero todas y cada una de ellas con la milagería semanal; ahí aparecen libros de toda clase, hay que saber buscar, al principio todo era miel sobre hojuelas, pero a medida que la demanda creció, fue necesario recurrir a toda esa pléyade de buscadores afanosos que a diario recorren esos sitios en donde sólo los valientes, esforzados, interesados y algunos ya harto conocedores del libro obtienen día tras día una edición agotada en las librerías normales. Ellos cambian, compran, venden y subsisten honrosamente,

además de dar un impulso impresionante a todos esos libros. La Santa más Santa... Santa Cruz Meyehualco, San Felipe, El Bordo de Xochiapan, Consulado (por Aragón), la Buenos Aires, Tepito (por el rumbo de la Iglesia), Tepito (el de la Avenida del Trabajo), Portales, La Naranja en Atzacapotzalco, Contreras, el mercado de la Bola, La Santa Julia, Tapo, son algunos de los sitios en donde el libro vuelve a la vida, a la circulación; de ahí, pasa a sitios más o menos prestigiados: La Lagunilla, Plaza San Jacinto, Plaza del Ángel, el corredor cultural en la Roma, Metro Balderas, Metro Tacubaya, los vendedores (gloriosos mercaderes del libro) que se ponen en la Facultad de Filosofía y Letras, gracias a la iniciativa de Azuela. Librerías de viejo, librerías de lance... ¡Ah! se me olvidaba Santa Martha, Tulyehualco, Pantitlán. La colonia de las Maravillas (en la cuchilla del Tesoro), la colonia Morelos, la Guerrero y Mixcalco. En todos estos sitios a diario hacen su aparición esa red de buscadores de los cuales hacía mención: los tianguistas, libreros, aficionados, ilusos, ilusionistas, enamorados del libro, necesitados, esperanzados, etcétera. El aprendizaje es vía de iniciados y para unos pocos elegidos, dignos de participar en esta especie de hermandades, en la que todo se vale menos traicionar el libro.

Así surgen los nombres que pocas veces ocupan los espacios de los textos referentes a las redes ocultas del libro: los Villanueva, los Urbina, los Zapata, los Páez, los Islas, los Valdovinos, y hasta algunos sacerdotes que tienen sus trincheras en Ciudad Netzahualcōyotl, Mayagoitia en Plaza del Ángel, así como don Eduardo Flores, y en el Chopo, Abraham Ríos. El libro, el máximo representante de lo culto y de lo oculto, es también un objeto de comercio, que se desenvuelve en su esencia “lo culto y lo oculto”. Fisuras en las bodegas, escapes en las imprentas, ventas a crédito, de puerta en puerta, remate de saldos, opciones para satisfacer la necesidad de consumir y hacer lo mejor con un libro. Brindarnos la siempre renovada oportunidad a los libreros de seguir nuestra tradición llorona, ¿por qué, si no se lee, se sigue imprimiendo tanto? ¿Qué hay detrás de todo esto? ¿A qué obedecen las desmesuradas ediciones de ciertos libros? ¿Son las necesidades administrativas, presupuestales, las que determinan esto? ¿El compadrazgo? ¿La vanidad? ¿El sellar con cierta dignidad alguna tarea desempeñada y con el fin de dar constancia?

Considerado el comercio como algo sucio o por lo menos en ciertos círculos cultos como algo poco respetable, hace que la tarea de vender, comercializar, distribuir, publicar el libro sea, a pesar de su importancia, poco apreciada por quienes tienen en sus manos primero la creación del texto y posteriormente su impresión. Comerciar es establecer contacto para tratar, comerciar es comunicarse; vender, es mantener un diálogo respetuoso de unas personas con otras.

Entendamos que el conocimiento que se publica y se vende no se degrada, aspecto que con frecuencia es olvidado y soslayado en las instituciones, por deficiencias de orden administrativo, que no necesariamente están identificados con el fin de la obra en cuestión. O, en ocasiones, por lo menos cubierto de un excesivo celo que hace perder las oportunidades de alcanzar la manera más rápida y eficiente de llegar a los destinos previstos, en caso de que estos se hayan planificado previamente. Así pues, al no llegar al público, bibliotecas, librerías, investigadores, interesados en general, se convierten en la negación misma de los fines que persiguen con la cultura, pues se interrumpe la comunicación. Quisiera creer que de resultar o ser altamente eficiente en sus tareas, los burócratas que manejan publicaciones en múltiples instituciones, pocas veces o nunca, tendríamos ocasión de ver muchas de las obras, pues el arte de embodegar es secreto de privilegiados. Afortunadamente existen agentes patógenos quienes en una tarea equilibradora, rompen los cercos administrativos y logran darle circulación, aunque restringida, a un material que de otra manera sólo sería manejado monopolícamente, si acaso.

La importancia del libro en la humanidad es algo fuera de discusión, pero, al parecer, la generación de utilidades en el mundo mercantilizado no alcanza las cuotas mínimas exigidas por los grandes inversionistas, de tal manera que no pueden ver satisfechas sus ambiciones económicas en el plazo acostumbrado en otros productos; de todas maneras esto no debe llevarnos al desconsuelo sino a realizar esfuerzos mayores para fomentar el libro y su lectura como una de las grandes opciones con una mayor cauda de beneficios sociales.

En consecuencia, deseamos hacer saber que el lector y, por consiguiente, la lectura, debe y deberá ser de interés primordial. Pero ¿cómo fomentarla? Nosotros creemos que una posibilidad es la formación de equipos de promotores de la lectura que entrenados debidamente y quizá como pago de los servicios

sociales a que obligan a los educandos al término de sus estudios universitarios, se dediquen a visitar, sí, a visitar casa por casa en una tarea muy semejante a la que realizan aquellos que buscan nuevos adeptos para ciertas religiones. En estas visitas deberán explicarse los beneficios de la lectura, la forma de adquirir libros, dónde y cómo consultarlos, contaminarlos con la feliz frase de “Apague la televisión y haga uso de la imaginación”.

Se dice que en México se lee poco, es cierto, también se come poco y mal, se cobra poco y en consecuencia se tiene poco o nada para adquirir libros. También nos dicen que en México se lee para estudiar, claro, se estudia tan poco, que no se lee. Yo me pregunto: ¿A qué hora se puede leer? Cuando se está desocupado. ¿En dónde se está desocupado? En las terminales de autobuses, en el traslado de unidades de autotransporte, en las terminales aéreas, en las salas de espera de hospitales, clínicas, etcétera. ¿Y hay ahí libros? No. Quizás algunas revistas... propongo invadir esos espacios con libros: contaminemos a los seres humanos por el gusto de la lectura. Decía José Luis Martínez que la imaginación, la diversión, la instrucción y la información se nutren con la lectura, aunque para tener acceso a este placer, es necesario tener un hábito y una educación. Despertemos en los niños el gusto por la lectura. Démosles un héroe lector, un superlector, un respetado lector, un admirado lector, un eficiente lector, un triunfador que sea lector, en suma, una imagen que ellos y nosotros persegamos con afán, quizá lleguemos a tener menos Maradonas (o intentos), pero más lectores.

Hasta ahora nunca he visto una serie de televisión en la cual el personaje central se siente a leer y que, por consiguiente, eso lo haga más atractivo, más respetado, si acaso llega a aparecer lo hace de manera marginal. Pidámosle a los maestros que no utilicen los métodos punitivos para hacer leer a los alumnos, que los seduzcan ante la fascinación de hacer uso desmedido de la imaginación, que no nos entreguen jóvenes atemorizados de leer *El Quijote* para la semana que entra, pues será día de examen.

Coincidimos con Carlos Monsiváis, cuando habla del hoyo negro que es la distribución, y agregamos que ésta, para ser correcta, tiene que ser equitativa, es decir, hay que poner el producto en los puntos de venta de acuerdo con la geografía de la ciudad, pues la concentración monopólica sólo genera apatía por

parte del consumidor. Pregúntele si no a los padres de familia que buscan el libro para sus hijos y que se agotan infructuosamente en una búsqueda desesperada. Al término del día sólo sé que muchos le dirán a sus hijos ¿y para qué lees? Apunta, y con mucho tino, José G. Moreno de Alba: “Los individuos como las naciones son fuertes y libres en la medida que son cultos.”

Con una frecuencia inusitada las instituciones (universidades, escuelas, editoriales, distribuidores) presentan libros. Convocan a dos o tres personas a quienes dan a leer el volumen en cuestión (y quienes cumplen de manera honrosa y respetabilísima su función) a pesar de que la mayor parte de las ocasiones a estas presentaciones concurren muy pocos, y los que van suelen ir buscando el descuento que se supone ofrecerán como primicia, aunque después lo encuentren más barato en otro espacio de libro. ¿No sería conveniente que se imprimiesen de manera muy económica los textos que se preparan para estas ocasiones y se distribuyesen en razón de uno por librería para que los colaboradores de éstas, por lo menos de esta manera, tuviésemos oportunidad de enterarnos del contenido y así poder promover esta mercancía? No son muchas, hay quienes dicen que somos quinientas librerías en la República Mexicana: intentémoslo.

¿Sería mucho pretender que los suplementos culturales de la prensa de la ciudad de México llegasen a las librerías gratuitamente como un servicio al lector y al encargado de la venta? Hagámosle una pregunta al personaje que periódicamente nos visita en las librerías para promover libros acerca de su contenido; invariablemente, la respuesta será “No sé, aquí está la lista”, y ya sabemos que las más de las veces el título nos dice nada o muy poco. Sería conveniente que cada ejemplar tuviera en la contraportada un anuncio de sí mismo.

El problema es la lectura, es decir, no hay lectura, ni aún en los que promovemos el libro, salvo excepciones. Despertemos el interés por leer, hagamos una campaña, convence a un amigo o amiga que se convierta en lector, fomentemos el hábito de la lectura, démonos cuenta de que tenemos una gran tarea y que quizá nosotros no veamos los frutos, pero sí las generaciones venideras que habrán de agradecer el esfuerzo.

Los verdaderos héroes del libro son quienes aún lo compran. Démosles las gracias. 